

San Sebastián '78:

UN FESTIVAL DISCUTIDO

DIEGO GALAN

LA batalla que se ha desarrollado en el festival no ha tenido este año a las películas como protagonistas. Se ha tratado, por el contrario, de la fórmula misma del certamen, de su sentido, de su eficacia. Parte de los críticos que han desfilado por él coinciden en considerar esta XXVI convocatoria como la más inútil de cuantas se hayan celebrado. Los periodistas conservadores del País Vasco no les han ido a la zaga. Para ellos, como para sus afines ideológicos venidos de fuera, lo que importa en el Festival de San Sebastián es su aspecto exterior, interesándose menos por los mecanismos por los que ese aspecto se produce: se ha estado, pues, reivindicando un sistema de cosas ajeno a la voluntad popular, pero que servía a los intereses —poco puros, por cierto—, de esos "contestadores".

Ha facilitado el éxito de esta protesta la pésima organización del festival. La improvisación en el nombramiento de sus directores (un escultor, un hotelero y un comerciante), y la escasez de dinero han condicionado la ignorancia en la gestión directiva, mucho más clara este año por comparación a la eficacia de Luis Gasca el año pasado, en el famoso festival de la transición. Pero la protesta por la mala organización se orientaba hacia la posibilidad de sacar mejores frutos de un planteamiento básico correcto. No se trataba, como ha querido aprovechar esa prensa oportunista, de reivindicar viejas fórmulas. Antes, ellos vivían mejor, pero el festival importaba menos.

Hay muchos ejemplos para demostrar esa mala organización: las entradas a la prensa hacía incompatible la asistencia a distintas sesiones de interés (la sección de "nuevos creadores" se ha visto considerablemente dañada por ello), los periodistas extranjeros estaban desatendidos, algunos directores

de cine no acudían al festival por una falta de previsión de los organizadores... Este desconcierto general perjudicaba la visión de las películas y sus posibles ventas o compras.

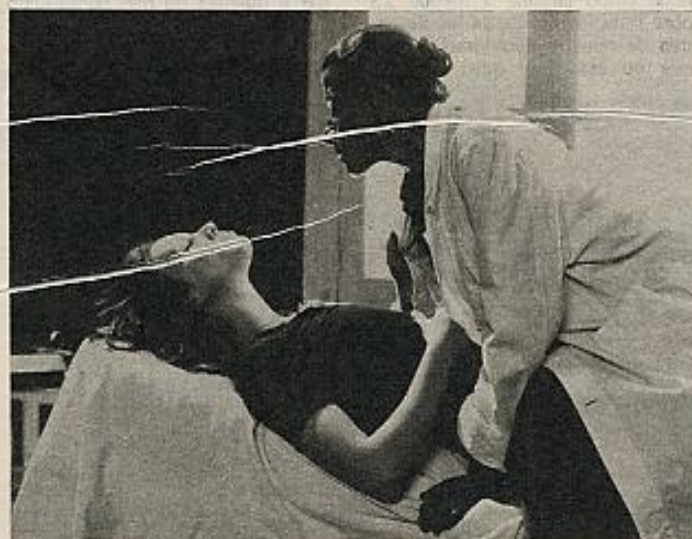
Pero la utilización de estos errores por parte de algunos no era inocente. El diario "Egin" lo desveló: se trataba de promocionar un nuevo festival en Pal-

naban ante todas con una susceptibilidad excesiva. Así, por ejemplo, no llegaron a entender las manifestaciones de los "nuevos creadores" cuando aseguraban que sus películas estaban desprotegidas por el festival: que era difícil verlas o imposible promocionarlas.

Cuando, por otra parte, un miembro del Jurado, José Luis

de las películas presentadas. Es cierto que ésta ha sido escasa. Pero si por un lado la precipitación con que se ha organizado el festival podía justificarla, por otro, gran parte de la culpa tiene que orientarse hacia el desinterés de las distribuidoras españolas al no verse ya beneficiadas por el importante descuento en los impuestos sobre sus importaciones que disfrutaban antes; de ello ya hablamos la pasada semana.

Es más difícil entrar a discutir el criterio utilizado para seleccionar los títulos a concurso. Que haya sido rechazada una película como la de Fernando Colomo ("¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?") para, por ejemplo, proyectar la torpe película de Francisco Rodríguez, "Jaque a la dama", no parece lógico. Pero tampoco lo era que aquí compitiera hace unos años el famoso "Tiburón" ni que el año pasado se rechazara "Los días del pasado", de Mario Camús. O que, por ejemplo, en Cannes no se seleccionara "Sonámbulos", de Manuel Gutiérrez. De cualquier forma, una protesta de Jaime Camino, autor de la excelente película "La vieja memoria" —una investigación desapasionada y objetiva sobre la guerra civil española, inteligente y necesaria, para la que ha contado con las declaraciones de distintos participantes en la misma, desde Iñer y "La Pasionaria" hasta Montseny, Tarradellas o Raimundo Fernández-Cuesta—, que había sido relegada por el comité a una sesión "informativa", ofrecía otras explicaciones. Podía haber participado correctamente en la sección oficial. De hecho, bastantes miembros de la FIPRESCI (Federación Internacional de Críticos Cinematográficos) la consideraron como una de las mejores películas exhibidas en todo el ámbito del festival. Los razonamientos que adujo el comité seleccionador no fueron convincentes y pesó



"Sonámbulos", de Manuel Gutiérrez Aragón.

ma de Mallorca. Y es cierto. Nos consta que miembros de UCD han hecho un sondeo de opinión entre algunos críticos sobre la organización de ese futuro festival mallorquín, para el que ya se han iniciado los primeros trabajos con un fuerte apoyo económico. Pero este festival de Mallorca sería incompatible con el de San Sebastián si pretende ostentar la categoría de primera A otorgada por la FIAP (Federación Internacional de Productores Cinematográficos), y que sólo disfrutaban, además, los festivales de Cannes, Berlín y Moscú. Para que el de Mallorca funcione, hay que cargarse el de San Sebastián.

En el conjunto, pues, ha habido durante los doce días de festival una tensión continua, aunque las protestas podían tener diversas vertientes, los organizadores del festival reaccio-

García Sánchez, declaraba que el reglamento de la FIAP era necesario en cuanto sirviera al festival, pero inútil si impedía su nueva orientación. Algunos periodistas se desgarraban las vestiduras, cuando ya no están en edad de desgarrarse nada, exagerando el sentido de una frase pronunciada a título particular por un realizador cinematográfico: los ojos seguían puestos en Mallorca, donde otros tienen hoteles. Declaraciones por un lado y por otro, gacetillas aclaratorias y contragacetillas recriminadoras, cotilleos de pasillo y un malestar general, lícito si se contemplaba los errores de la organización, pero sospechoso si con ello se discutía la base del nuevo planteamiento democrático iniciado el año anterior.

Algunas de estas protestas se dirigían hacia la calidad media

en cierto modo la teoría de Jaime Camino: su película había sido rechazada en función de su carga política.

El comité, en cambio, sostenía que no podía entrar a concurso una película documental. No obstante, otra española de las mismas características aparecía en competición: "El asesinato de Pedralbes", de Gonzalo Herralde (un apasionante reportaje sobre José Luis Cervetó, asesino de un matrimonio y que vive ahora en la cárcel en la larga desespera de su libertad). Las teorías del propio Cervetó sobre su crimen y los razonamientos "psicológicos" que ha construido a posteriori sobre su conducta, resultan insólitos y fascinantes. Pero Herralde ha realizado su película con torpeza, desperdiciando la posibilidad de una excelente película.

Las discusiones, pues, se alargaron hasta la propia selección de películas. Alguna de las que competían ("Convoy", de Sam Peckinpah: una normal película de aventuras, sin mayor trascendencia que la del propio espectáculo clásico en su director) no respetaba las condiciones exigidas por la FIAP, como, por ejemplo, la de que las películas a concurso no se hayan estrenado en ningún otro país, además del de origen. Una sección del festival, "El cine como expresión de las culturas nacionales", incluía en su programación "Casablanca", de Michael Curtiz, y aún nadie sabe por qué. Finalmente, otra nueva sección, "El cine realizado por mujeres", permitía una digresión oportunista sobre si esa clasificación suponía una nueva marginación de la mujer. Una discusión bizantina —cualquier clasificación en ciclos supone siempre un forzamiento para las películas— sobre la que las propias feministas o las mujeres directoras que intervenían tenían puntos de vista diversos. Se celebró una mesa redonda en la que se discutía si la mujer cineasta debe o no dedicar su trabajo exclusivamente al estudio de la mujer o, por el contrario, debe hacer todo tipo de películas sin restricción alguna. Entre las directoras españolas, defendía el primer punto de vista Cecilia Bartolomé ("Vámonos, Bárbara"), y el segundo, Pilar Miró ("La petición"), a la que



"A Wedding" ("Un día de boda"), de Robert Altman.

apoyaba la directora húngara Marta Meszaros, autora de "Nueve meses", quizá la más interesante película de las ofrecidas en este ciclo, dentro de las que tuvo oportunidad de ver. (No hay que olvidar que la protesta de los "nuevos creadores" sobre la dificultad en el horario para ver todas las películas, tenía un peso real.)

Las películas a competición no tuvieron un nivel medio excesivamente interesante. Es cierto que tampoco la medida del último Festival de Cannes fue apasionante, pero tenía en su programación los títulos de los autores de mayor interés: Oshima, Malle, Saura... Cuando el lector de TRIUNFO lea estas líneas, ya se conocerá el resultado del Jurado. Cuando se escriben, sin embargo, aún tienen que celebrarse los últimos días. De momento, hay una clara película de importancia entre todas las presentadas: "Sonámbulos", de Manuel Gutiérrez Aragón (autor de "Habla, mudita" y "Camada negra", a las que "Sonámbulos" supera absolutamente): una película mágica que reflexiona con imaginación sobre el cansancio, la angustia o la desesperación

de quienes luchan por un ideal político y desprecian al tiempo esa misma lucha. Una película sobre la oportunidad del compromiso o sobre los distintos compromisos posibles, pero que no agota ni mucho menos en una rápida clasificación la riqueza de su contenido. "Sonámbulos" es una obra maestra con capacidad para ser vista numerosas veces y descubrir en cada una de ellas vertientes insospechadas. En clave de cuentos de hadas y con un tratamiento onírico, ofrece en primer término la fascinación de unas imágenes insólitas que arrastran al espectador por vericuetos emocionales, aunque sin perder nunca el hilo de su reflexión. Ignoro si "Sonámbulos" será o no una película premiada, pero está claro en el ánimo de muchos de los que nos encontramos en San Sebastián que "la película del festival" (por no hablar ya de "la película del año", en esa suerte de términos publicitarios a los que recurrimos con facilidad) es ésta. Y cuando el lector tenga oportunidad de verla, quedará, sin duda, subyugado (y turbado) por sus inquietantes imágenes. Cualquier otra película del

festival viene detrás, aunque, naturalmente, tenga también su interés: "Dossier 51", de Michel Deville, es una original narración de cómo los servicios secretos controlan la vida privada de los ciudadanos y cómo ese control acaba con sus vidas. "Alambrista", de Robert Young, ganadora del Premio de la Crítica en el último Festival de Cannes, es la crónica del sufrimiento diario de los mexicanos que atraviesan clandestinamente la frontera con los Estados Unidos para encontrar trabajo. "The wedding", de Robert Altman, es, al estilo de un Berlanga destilado por Hollywood, la sátira mordaz de las estupideses cotidianas de la clase media. La organización de una boda da pie a Altman, con cincuenta y tantos personajes distintos, para recrear los tics, vicios e hipocresía de esa clase media.

Finalmente, "Un hombre llamado Flor de Otoño", devuelve al cine español un Pedro Olea de interés tras los despistes que supusieron en su carrera "Pim, pam, pum, fuego" y, sobre todo, "La Corea": la vida de un abogado anarquista y homosexual que lucha contra la hostilidad de su medio ambiente burgués al tiempo que pretende realizar un atentado contra la vida del dictador Primo de Rivera, supone la crónica histórica de una época a través de las vicisitudes de un personaje insólito que oculta en su apariencia de travesti las conflictivas emociones de cualquier ser humano. La película de Olea se abre a distintas posibilidades, huyendo del melodrama, pero rozándolo hábilmente en todo momento.

Naturalmente, la cita de estas películas no supone más que una selección personal; otro cronista haría otra distinta. Pero entre estos títulos estarán probablemente los premios. O, al menos a mi juicio, deberían estarlo. Ya comentaremos las posibles diferencias la próxima semana. Y en otro momento hablaremos con mayor extensión de los "nuevos creadores", la selección de primeras obras donde el cine español ha estado representado nutridamente y donde, de alguna manera, se han podido apreciar algunas constantes problemáticas de nuestro cine. ■ DIEGO GALAN.